

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 11 de Marzo de 1883. | SERIE VIII—N. 93

GETHSEMANI.

En los anales de la pasión del Salvador y de la redención de los hombres, es muy celebrada la famosa *Montaña de los olivos*, á cuyo pié se encuentra el jardín de *Gethsemani*, donde Jesucristo dió principio á las angustias de su vida dolorosa.

La *Montaña de los olivos* se halla situada al oeste de Jerusalén y á una media legua de esta ciudad. Trescientos piés se levanta sobre el suelo ordinario, y desde su cima, la vista domina á los montes y campiñas circunvecinos, se estiende á Jerusalén, penetra en el valle del Jordán, y sondea el lúgubre recinto y tristes alrededores del mar muerto, monumento eterno de las iras del cielo y de la justicia de Dios.

En toda esa montaña y en los lugares que la rodean, parece que todavía se observan las huellas de Jesús, que se oye repetir el éco de sus divinos acantos, que se escucha la algazara de aquel pueblo ingrato y deicida que le entregó en manos del poder romano, pidiendo á gritos desahogados su crucifixión y su muerte. Por todas partes á que el viajero se vuelve, no puede menos que fijar la vista en aquellos monumentos perpetuos de la divina misericordia, hoy convertidos para el devoto cristiano y el judío desgraciado en monumentos claros de las eternas maldiciones del cielo.

Por toda vejetación apenas se vén algunos chaparros y zarzales, algunas sombrías palmeras, algunos añosos y pálidos olivos. Los pájaros no cantan ni hacen sus nidos entre esas ruinas espantosas, entre esos despojos de la muerte y de la maldición divina.

Por el lado del sur, el aspecto, si se quiere, es todavía más espantoso y funesto, porque nada hay que se asemeje á las desoladas montañas de Belén, la ciudad en otro tiempo del *Pan*, cuna de David y del Salvador del mundo, que es el *Pan* venido del cielo para alimentar á los hombres. La vista alcanza ese arenoso desierto, que se pierde en el horizonte y se confunde con las lejanas nubes en su desnudez aterradora, como un símbolo de la malicia de la tierra que pide venganza á la infinita justicia del cielo.

Siguiendo la mirada el torrente tortuoso del Cedrón, se posa en el terrible valle de Josafat, en cuyo fondo se encuentra el huerto de *Gethsemani*, y el jardín de los olivos, que hoy pertenece á los religiosos franciscanos ó padres de la Tierra-Santa.

Todavía se notan allí siete antiquísimos olivos, á propósito de los cuales Mr. de Lamartine, en su pintoresco *Viaje al Oriente*, escribe lo que sigue:

—“Hay nó léjos de la gruta de Gethsemani, un pequeño rincón de tierra sombreado por siete olivos, que

las tradiciones populares señalan como los mismos árboles bajo los cuales JESUS se postró y lloró. Estos olivos llevan, en efecto, sobre sus troncos y sus inmensas ramas la data de diez y ocho siglos, que han trascurrido desde aquella noche memorable. Esos troncos son enormes, y formados, como todos los de los viejos olivos, de un gran número de vástagos, que parece estar incorporados al árbol bajo la misma corteza, y formando como un ház de columnas apareadas. Sus ramas están casi desecadas, pero llevan todavía algunos frutos. . . . He recorrido todas las partes del mundo en que crece el olivo: este árbol vive siglos, y en ninguna parte he encontrado más gruesos, aunque plantados sobre un suelo rocoso y árido. He visto sobre la cima del Líbano cedros que las tradiciones árabes refieren á los tiempos de Salomón. Nada hay en eso de imposible: la naturaleza ha dado á ciertos vegetales más duración que á los imperios.”

Terminada la última cena, instituidos el sacerdocio y la sagrada Eucaristía, Jesús sale de Jerusalén acompañado de sus apóstoles, atraviesa el torrente Cedrón, llega á *Gethsemani* y penetra en el jardín de los olivos, donde tenía la costumbre de orar, y donde sabia que Judas debía entregarle á los judíos y á la muerte.

Antes de entrar en el jardín, Jesús despidió y se separa de sus apóstoles, menos de Pedro, Juan y Santiago, testigos que habían sido de su trasfiguración, y que ahora lo serán de su profundo abatimiento y su tristeza. En este mismo sitio había dejado Abraham, más de dos mil años atrás, á sus compañeros, para subir con su hijo Isaac, cargado de leña, al monte del sacrificio.

Pocos pasos se había alejado el Salvador de su comitiva, cuando se vuelve á sus discípulos predilectos, é interrumpe el silencio para decirles: *Triste está mi alma hasta la muerte; velad aquí conmigo*. Un poco más allá, se prosterna con el rostro pegado en tierra, y dirige á su eterno Padre esta fervorosa plegaria: *Padre mio! haced, si es posible, que este cáliz de mi pasión pase y se aleje de mí, pero de tal modo que sea vuestra voluntad, y nó la mía, la que se cumpla*.

El Padre fué inexorable, y la tristeza del Salvador se aumentó considerablemente, asemejándose más á la agonía de un hombre moribundo, que al dolor de un hombre que sufre y se violenta. Un combate terrible se estableció entonces entre la naturaleza divina y la humana naturaleza del Redentor, combate que le causó un sudor de sangre tan copioso, que nó solo mojó sus vestiduras, sino también la tierra en que se hallaba postrado. Un ángel baja del cielo para confortarle, nó porque Él careciera de la virtud necesaria para triunfar de la debilidad humana, sinó para ense-

ñar á todos los que sufren, que su consuelo y su fuerza deben venirles del cielo.

Esos grandes sufrimientos del alma debían añadirse á los sufrimientos del cuerpo, porque si el hombre ha pecado en su cuerpo y en su alma, la reparación no correspondería á la ofensa, si el divino Reparador no sufriera también en su alma y en su cuerpo.

Diversos fueron los motivos que concurrieron para que Jesús experimentara en *Gethsemani* esa profunda tristeza y esa desolación espantosa. Veía de una sola mirada el funesto cuadro que le ofrecía la historia trágica de su pasión y de los tormentos que en ella le esperaban: esa interminable cadena de baldones, afrentas y sangrientos ultrajes que debía sufrir en Jerusalén: los bofetones, las salivas, los azotes, la túnica blanca de insensato, el andrajo de ridícula púrpura, la columna de la fragelación, la corona de espinas, los clavos y la cruz. Veía entre sus perseguidores á príncipes, pontífices, sacerdotes, soldados, magistrados, doctores de la ley, fariseos, escribas, judíos y gentiles, y oía los espantosos alaridos y los insultantes gritos con que á una voz pedían, en desordenado tumulto, su crucifixión y su muerte.

También le hacía consternarse, y le sumerjía en un océano de desolación y de amarguras, la consideración de los pecados de los hombres en el pasado, en el presente y en el porvenir. Veía con toda luz y claridad divinas los que se habían cometido desde el principio del mundo, y los que se habían de cometer hasta el fin de los siglos: á todos veía enormes en su naturaleza, variados hasta lo infinito en sus circunstancias, y terriblemente funestos en sus consecuencias. Y todos estos innumerables pecados, y todas esas infinitas ofensas cometidas contra la Majestad divina, los veía como si Él hubiera sido por ellos el único culpable, puesto que se los había apropiado todos para espiarlos y lavarlos con su sangre en su calidad de víctima del género humano.

Pero lo que más que todo contribuyó á su interior desolación, fué la vista de la inutilidad misma de su redención para infinidad de personas: para los judíos que se obstinarán en su incredulidad y en la dureza de su corazón, y para esa innumerable multitud de cristianos que despreciarán su sangre en toda la extensión de los siglos.

El combate y la oración de Jesucristo en *Gethsemani* duraron cerca de tres horas, durante las cuales, este divino Pastor, que en medio de sus más vivos dolores no olvidaba á sus ovejas, visitó tres veces á sus discípulos, á quienes encontrando dormidos la primera y segunda vez, reprendió dulcemente su indolencia y descuido, exhortándoles á velar y á orar; y la tercera, sabiendo que se acercaba el que le había de entregar, les dijo: *Dormid ya y descansad.* Y pocos momentos después: *Levantaos, vamos; el que me ha de entregar se acerca!*

Así comenzó en *Gethsemani* la dolorosa pasión del Salvador. Así esparimentó en su alma, en poco menos de tres horas, todas las penas y sufrimientos que después debían atormentar su cuerpo hasta consumir el sacrificio en el altar de la cruz.

El Convento de religiosos franciscanos de Jerusalén sostiene á su costa una guardia turca, encargada de velar por la conservación de los olivos de *Gethsemani*, que á pesar de ser tan viejos, producen todavía algunos frutos, de que se hacen rosarios para el uso de los devotos cristianos. En el fondo del jardín está situado el lugar en que los apóstoles dormían en tanto que el Señor oraba. La *Gruta de las angustias de la muerte* señala, como su nombre lo indica, el punto mismo en que Jesús, prosternado en tierra, sudó sangre y rogó á su Padre que hiciera pasar el cáliz

de su pasión y de su muerte. Esta *Gruta* se halla poco más ó menos en el mismo estado en que se hallaba en tiempo del Salvador, y forma una especie de bóveda sostenida por tres pilares de la misma piedra. Cuando la puerta, cuya llave guardan los padres franciscanos, está cerrada, la luz del día penetra por una abertura practicada en la parte superior, y protegida por un enrejado de hierro, á fin de detener las piedras que los turcos pudieran lanzar por ella. En el lugar en que Jesús sudó sangre, hay un altar sobre el que se encuentra un bello cuadro representando las *Angustias de la muerte* del Salvador. En este cuadro se lee la siguiente inscripción tomada del Evangelio: *Aquí el sudor se hizo como gotas de sangre que caían sobre la tierra.*

Se muestra también el sendero que Judas llevó, precediendo á la escolta, para ir á entregar á su Maestro. Tiene como veinte pasos de largo y dos de ancho, y los turcos le han rodeado de una doble muralla, por ser terreno de maldición y de oprobio.

SECCION PIADOSA.

Domingo de Pasión.

Después de habernos hecho recorrer la Iglesia paso á paso la vida pública del Salvador, durante las cuatro semanas que preceden, llevándonos al desierto, á los márgenes del Jordán, á la cumbre de la montaña, al seno de las sinagogas, al monte Tabor, al recinto del templo y á todos los demás lugares en que este divino Maestro y poderoso Taumaturgo, dejó escuchar los suaves acentos de su celestial enseñanza, é hizo ver los prodigios y maravillas de su diestra omnipotente, en las dos semanas que siguen nos lleva por esa vía de dolor y de ignominia, que condujo á la gran Víctima hasta la cima del Calvario, para consumir allí el cruento sacrificio que ha expiado los pecados todos del mundo.

La primera de estas dos semanas es la *Semana de Pasión*, y la que le sigue es la *Semana santa* ó *Semana mayor*. En aquella nos preparamos para los funerales del Hombre—Dios, y en esta última se llevan á cabo con la celebración de los misterios supremos de la redención y del sacrificio.

La Iglesia, en una y otra semana, está sumerjida en el llanto, en el dolor y en la amargura, al pasar que todo revela el duelo público y las profundas tristezas del corazón cristiano.

En la Misa se suprime el salmo *Judica*, con que siempre se le dá principio, no se reza el himno angélico *Gloria in excelsis Deo*, ni se dice *Gloria Patri* al fin de los salmos ni en ninguna otra parte de los divinos oficios. Las cruces, imágenes y cuadros, lo mismo que los altares, se cubren con un velo de crespon morado: los sagrados ministros se presentan revestidos de ornamentos fúnebres de color morado ó negro. Desaparece todo signo de júbilo y de alegría, y en su lugar solo aparecen las señales de la tristeza y del duelo general, que acompañan á los cristianos por la pasión y muerte de su divino Redentor.

Las partes todas de la misa y de los oficios divinos, las oraciones, colectas, salmos, profecías, epístolas, evangelios, himnos y cánticos sagrados, se dirijen y encaminan á promover en el fondo de nuestras almas esos dulces sentimientos de compasión y de ternura, á la vista de tan augustos y venerandos misterios. Al paso que levantan nuestros corazones para pedir á Dios el sincero arrepentimiento y el perdón de nuestras culpas, nos llevan por la contemplación de las su-

premas verdades de nuestra reparación divina, á disfrutar de los inmensos beneficios derramados entre los hombres por el sangriento sacrificio de la cruz.

En la misa de este *Domingo de PASIÓN* la santa Esposa del cordero inmaculado, acompañada de su numerosa familia que se forma de todos los cristianos, encamina sus pasos á la cumbre del monte Calvario, y allí contempla, como de un punto más elevado, toda la vía dolorosa que su divino Esposo ha debido recorrer para consumir el sacrificio de los siglos, que ha devuelto la vida espiritual á todas las generaciones humanas.

San Pablo nos cuenta en su Epístola la muerte voluntaria de la gran Víctima, simbolizada en todos los antiguos sacrificios, desde el sacrificio de Abel hasta los reglamentados por las leyes del Levítico. Nos muestra la ineficacia de todos estos sacrificios para el rescate del género humano, y nos enseña que su poder de santificación solo les venía de la virtud omnipotente del gran sacrificio del Calvario. "El Cristo, nos dice, Pontífice de los bienes futuros, habiendo venido al mundo, entró una sola vez en el Santuario del cielo, por un tabernáculo mayor y más excelente, que no ha sido hecho por la mano del hombre, ni por una vía común y ordinaria: ha entrado en él, nó con la sangre de los cabros y terneros, sino con su propia sangre, habiéndonos adquirido una redención eterna."

En el Evangelio se nos recuerda y pone de manifiesto la perfecta inocencia y divinidad de Jesucristo, víctima que dentro de poco debía ofrecerse en holocausto, y como hostia de un valor infinito, por los pecados de todos los hombres. Al mismo tiempo, y para hacer ver el notable contraste, nos muestra el gran crimen de los judíos obstinados, que entregan á Jesucristo á la muerte, á pesar de la evidencia de sus milagros y de la santidad de su doctrina. Ese gran crimen de los judíos es el mismo que cometen diariamente todos los hombres, que desconocen la doctrina del divino Salvador y le crucifican de nuevo con su incredulidad y con sus culpas.

Oigamos el precioso é interesante diálogo entre Jesucristo y los Judíos, que el Evangelio de este domingo nos refiere, para probar lo que se acaba de decir.

—JESUS." ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es hijo de Dios, escucha las palabras de Dios. Si vosotros, pues, no las escucháis, es porque no sois hijos de Dios."

—LOS JUDÍOS. "¿No tenemos razón nosotros al decir que eres un Samaritano (es decir, un gentil), y que estás poseído del demonio?"

—JESUS. "Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, en tanto que vosotros me deshonrais á Mi. Yo no busco mi propia gloria; hay otro que la buscará y me hará justicia. En verdad, en verdad os digo, que si alguno guarda mi palabra, no morirá jamás."

—LOS JUDÍOS. "Ahora conocemos mejor que estás poseído del demonio. Abraham murió, y los profetas también, y tú dices: El que guarda mi palabra, no morirá jamás. ¿Eres acaso más grande que nuestro padre Abraham, que murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Qué pretendes ser?"

—JESUS. "Si me glorifico á Mí mismo, mi gloria es nada; pero es mi Padre quien me glorifica, ese mismo de quien vosotros decís que es vuestro Dios. Sin embargo, no le habeis conocido, y yo sí le conozco; y si dijera que no le conozco, sería un mentiroso como vosotros. Abraham, nuestro padre, deseó con vehemencia ver mi día: le vió, y se llenó de júbilo."

—LOS JUDÍOS. "Todavía no tienes cincuenta años, y viste á Abraham?"

—JESUS. "En verdad, en verdad os digo, que yo soy antes de que Abraham viniera al mundo."

Este diálogo nos representa muy á las claras lo que todos los días vemos y presenciarnos en las eternas contenciones y disputas que los hombres mueven y han movido siempre contra las enseñanzas y el culto del cristianismo. En todo tiempo las mismas objeciones, y en todo tiempo también las mismas respuestas. En todo tiempo el corazón, extraviado por las malas pasiones, contradiciendo á Jesucristo y á su Iglesia, y en todo tiempo también Jesucristo y su Iglesia mostrando la verdad en medio de las luces de la razón y la evidencia.

La humanidad como enpeñada en vivir en medio de las tinieblas, y Jesucristo empeñado en sacarla de las tinieblas á la luz.

¿Por quién se declarará la victoria en tan encarnizado debate? Siempre por Jesucristo y por la verdad: pero se hacen precisos el debate mismo, y los azares de la lucha, para ostentar las glorias de esa victoria y los brillantes resultados del triunfo.

Y ¿cuanto durará esa lucha, que ya parece interminable? Cuanto duren los hombres y los siglos. No hay que dudarlo: la divinidad de Jesucristo y de su santa Religión, brillará siempre en medio de las tinieblas del error, de la impiedad y del pecado. Así está escrito por San Juan en el principio de su Evangelio: *La luz brilla en las tinieblas*, LUX IN TENEBRIS LUCET.

Para que nada falte en la semejanza que ha guardado la verdad cristiana con lo sucedido en tiempo de Jesucristo, vemos terminar el relato evangélico de este domingo con el muy conocido y famoso argumento, con que suelen terminar todas las disputas religiosas contra las doctrinas cristianas y las enseñanzas de la Iglesia católica: *Tomaron piedras* (los judíos), *para arrojárselas sobre Jesus; pero Jesus se les escondió y se salió del Templo.*

Es lo mismo que hacen contra los católicos los enemigos irreconciliables del cristianismo. Si tienen poder, nos causan todos los males físicos y morales que están en sus manos y á su alcance; y si carecen de él, por lo menos nos odian profundamente y descargan sobre nosotros todo género de baldones, injurias, afrentas y calumnias. A veces no los detienen, ni los vínculos de la sangre ni los de la gratitud; pero esto también fué vaticinado por Jesucristo: *Los enemigos del hombre (cristiano) serán sus propios parientes.*"

Todo se refiere en este domingo, y en la semana que le sigue, á preparar la celebración de los santos y augustos misterios de nuestra Reparación. En la tarde del sábado anterior y en la tarde del domingo, así como todas las mañanas de la semana siguiente, se oyen á la hora de vísperas, con voz pausada y solemne, las inspiradas estrofas del himno de San Fulgencio: *Vexilla regis procedunt*, en que se contienen los fervorosos sentimientos que despiertan en el corazón cristiano la pasión y muerte del Salvador:

Ya tremolan del Rey los estandartes;
De la cruz el misterio resplandece,
En la cual padeció muerte la Vida,
Y dió al hombre la vida con su muerte.

Cruz, única esperanza, Dios te salve:
En este tiempo en que Jesus padece,
A los malvados el perdón alcanza,
A los piadosos bendición acrece.

Vos, fuente de salud, Trinidad santa,
Alábenle las almas reverentes:
A los que de la cruz das la victoria:
Dáles eterno premio juntamente.

AMEN.

CRONICA EXTRANJERA.

Francia.

TRES NOTABLES PÉDIDAS PARA LA MASONERÍA.

El aprecio por esta sociedad solo puede mantenerse, mientras dura la ilusión que causa en las que, sin conocer su fondo, solo ven la hermosura aparente de su superficie.

Pero al instante que se conoce bien, las almas generosas no pueden menos de apartarse de ella con horror.

Este conocimiento de la masonería se adquiere de tres modos: ó por la revelación de todos sus secretos, cuando se llega á sus grados más altos; ó por el juicio desapasionado que se forma de las cosas en el instante supremo de la muerte; ó por cualquiera de esas causas extraordinarias, tan frecuentes en la vida del hombre, que lo hacen entrar en sí mismo y encontrarse en su conciencia.

Un ilustrado periódico de España, refiere tres notables pérdidas para la masonería producidas por cada uno de estos medios, con los términos siguientes: "Ha causado sensación la conversión al Catolicismo verificada en Italia, de Mr. Dachroden, *Gran Maestro de la Logia Nacional Prusiana* y una de las personas más distinguidas de la Corte del Emperador Guillermo.

"Los periódicos de Lyon anuncian la muerte de Victor Sixte, decano de los francmasones, que tenía cien años. Fundó una logia en aquella ciudad, y pertenecía desde 1801 á la secta. Al fin murió como buen cristiano con todos los sacramentos, y se le pudo dar, por consiguiente, sepultura eclesiástica.

Nuestro excelente colega de Lisboa, *A. Nacao*, publica lo siguiente.

"ABJURACIÓN. El abajo firmado, iniciado en la masonería por ignorancia y bajo la creencia que aquella secta era una sociedad simplemente de *beneficencia y mutuo auxilio*, como han proclamado y aún proclaman hoy sus jefes; que en su organización y constitución no había nada ofensivo á la sana moral, ni contrario á la Santa Iglesia católica apostólica, romana, en cuyo seno nací y quiero vivir y morir; habiendo comprendido que, al contrario de lo dicho, es una sociedad enemiga irreconciliable de la Santa Iglesia y de todo orden social, como eshuberantemente acaba de probar Su Santidad León XIII en su Encíclica de 28 de Diciembre último; y que como á tal, la Santa Iglesia la ha condenado y fulminado contra ella escomunión mayor, renovando y confirmando muchas veces esta pena: Declaro: que me desligo de ella, que la renuncio y abjuro con execración y solemnemente desde ahora para siempre.

"Hago esta retractación pública y solemne, de mi libre y espontánea voluntad, por la convicción en que estoy de que corría inminente peligro la salvación eterna de mi alma si continuase perteneciendo á dicha secta, que ahora, por la gracia de Dios, abjuro para siempre.

"Á Dios y á su Santa Iglesia pido perdón contrito y humillado, y protesto vivir de hoy en adelante en el seno de la Santa Iglesia en el que tuve la ventura de nacer, como buen cristiano é hijo obediente: repruebo lo que ella reprueba y condeno lo que ella condena.

"San Vicente de Pereira 12 de Febrero.

MANUEL ALVARADO.

"Consta que algunos ilusos, afiliados á la masonería por ignorancia, como el que acaba de hacer la anterior abjuración, desean abandonar aquella sociedad

tantas veces maldecida por la Iglesia y tan recientemente estigmatizada por la Santidad de León XIII, no verificándolo por el miedo que les inspiran las amenazas de sus compañeros de perdición.

"A esos les presentamos el anterior ejemplo, digno de ser imitado, exhortándoles á que desprecien las fanfarronadas ridículas de quien, si alguna vez consiguió amedrentar obrando en la oscuridad de sus logias, no así hoy, que sabidas sus doctrinas, es despreciada por todo hombre que sienta latir en su pecho un corazón cristiano."

Copiado.

Austria.

Munificencia católica del Emperador Francisco José.

El Emperador de Austria no cesa en su generosa piedad de proteger á las Iglesias con su peculio particular.

Recientemente destinó 400 florines para la restauración de la parroquia de Lussión. Ha enviado otros 100 á la comunidad romano-católica de Zalay, y otros 100 á la comunidad romano-católica en Szokoly.

El Emperador envió hace algunos días 100 florines á la comunidad católica de Niklova, para cosas eclesiásticas. Envió otros para restaurar el órgano de la Iglesia de Presdorf, como también 200 para la comunidad romano-católica de Over, y 200 para la comunidad romano-católica de Bakacza-Szenda. Ha destinado, por último, 150 para el campanario de una Iglesia.

En Klagenfurt dió 100 florines al establecimiento de sordomudos; 100 al de las Ursulinas, para los huérfanos; 200 para la educación de las niñas; 200 á un hospital; 100 á la Asociación femenina de Beneficencia, para la conservación y vigilancia del asilo de la Infancia; 100 á la Asociación de los jardines Infantiles; 100 á la Asociación general para socorrer á los obreros, á los enfermos y á los inválidos; 100 para la primera Asociación de los veteranos militares; 100 para los bomberos voluntarios; 100 para la Asociación de las cocinas populares...

El relato es tan extenso, que parecemos oportuno interrumpir su traducción, y dejar enteramente otro que tenemos á la vista.

Monseñor Volontory, Vicario Apostólico de Honnan, en China, y Obispo titular de Palcopolis, fué recibido hace poco en audiencia por Francisco José, quien le regaló un magnífico reloj, con su cadena de oro, 1,200 liras para su misión.

Holanda.

El Catolicismo en presencia del Protestantismo.

Este pequeño Reino cuenta 4,000,000 de habitantes, de los cuales 2,500,000 son protestantes y 1,500,000 católicos. La reacción religiosa y el movimiento hacia el Catolicismo se hacen sentir vivamente. De ellos nos informan los mismos predicadores protestantes. El pastor protestante Glipsen, de Amsterdam, decía no ha mucho:

"Mientras nosotros disputamos sobre la Biblia y sobre la idea cristiana nacional ó cristiana reformada, los católicos multiplican sus Iglesias y sus casas de piedad; su perseverancia y su desarrollo prueban que la Iglesia de Pedro es la verdadera Iglesia, y con esta prueba los católicos poseen una mina de oro y un apoyo moral de alto valor y de grandísima fuerza."

Y el principal órgano de la prensa protestante de Amsterdam se espresa en estos términos:

"Hace un siglo que no hemos edificado nada, ni

una sola capilla, á pesar del aumento de población.

"Y los católicos ¿que han hecho?"

"Despojados de todas sus Iglesias, han reconstruido y poseen hoy diez y nueve, sin contar los nuevos templos en construcción y los antiguos que restaban de sus ruinas. Si ahora en Amsterdam las campanas llamasen á la oración á los creyentes, las de los católicos dominarían con mucho á las nuestras."

SECCION DE VARIETADES.

Historia de la Cruz.

Era la cruz entre muchos de los pueblos de la antigüedad, un suplicio infamante al que eran condenados á morir los grandes criminales.

Se llamaba la cruz en latin antiguo *gabalus*, como vemos por Varrón; aunque en algunos pasajes de la Escritura, en Tito Livio, Cicerón, Plauto, Tácito y en otros autores, no se le dá más que el nombre genérico de *patibulum*.

Estaba en uso este suplicio entre los egipcios, como el panadero de Faraon fué crucificado durante la prision de José, cuya muerte le predijo. Justino añade que también crucificaban á las mujeres, refiriendo la crucifixión de Agateóles, esposa de uno de sus monarcas.

Diodoro de Sicilia, con otros autores, dicen que habiendo Nino, primer rey de los asirios, entrado en la Media con un poderoso ejército, Pharus, rey del país, le salió al encuentro con todas sus fuerzas; y que habiendo sido éste vencido y hecho prisionero con sus siete hijos, fueron luego crucificados con su padre, por disposición del vencedor.

Por el libro de Josué sabemos que este caudillo mandó crucificar al rey de Hai, cuyo cadáver dispuso que fuese bajado de la cruz al ponerse el sol. (Cap. VIII, v. 29).

Usaban igualmente este suplicio los persas, según vemos por los cap. V, VIII y IX del libro de Ester. Asuero condenó á morir al soberbio Aman en una cruz de cincuenta codos de elevación, que este malvado tenía preparada para Mardoqueo. Asimismo crucificaron en otros patibulos á sus hijos.

Hewdo refiere que durante la guerra de Darío contra los griegos, Hárpago, uno de sus jefes, hizo crucificar á Histio de Mileto. Y el mismo Darío mandó castigar con este suplicio al superintendente de la Eólida, porque se dejó corromper con dinero y porque castigó á uno injustamente.

También estaba en uso entre los Scitas y Sármatas el suplicio de cruz, refiriéndonos los historiadores algunos ejemplos de castigos de este género.

Entre los griegos, Xantipo, general de los atenienses, condenó á morir en una cruz á Artayete, por haber robado un templo de la Eólida y el sepulcro de Protesilao.

Por la célebre muerte de Bomilear, hijo del general Amilcar, acusado de haber conspirado contra Cartago su patria, vemos que estaba en uso en este pueblo el suplicio de la cruz.

Cicerón menciona una ley romana que condenaba á los rebeldes á ser crucificados. L. Imbrico hizo crucificar á Valerio Bestio, porque habiéndole Rusio encargado su hijo, le mató para apoderarse de una cantidad de dinero.

Por la historia de Decio Mundo parece que crucificaban también á las mujeres en casos extraordinarios; pues la malvada Ida fué castigada con este suplicio, lo mismo que los infames ministros de Anubis.

Los romanos aplicaban particularmente el castigo de cruz á los esclavos, á quienes apenas consideraban en la clase de hombres. Cicerón acusa á Verres, como de un crimen enorme, el haber hecho crucificar á un ciudadano romano; y por la misma razón fué degollado ó decapitado san Pablo que lo era, al paso que san Pedro, como judío ó extranjero, fué crucificado.

Valerio Máximo refiere que Scipión el Africano, para

castigar de una manera ejemplar y horrorosa á los soldados romanos que habian desertado de las filas, abandonando la causa de la patria y tomando las armas contra ella, los mandó crucificar. Ultimamente vemos por Lampridio que, habiendo preguntado el emperador Alejandro Severo á muchos reyes cuál era el suplicio más ignominioso entre ellos, contestaron todos que el de la cruz.

Su figura varió según los tiempos y las naciones que usaron este suplicio.

El más antiguo no fué sino un palo derecho, al cual aseguraban al reo, atándole unas veces con cuerdas los brazos y las piernas, ó clavándole otras en el mismo por las manos y por los pies. Muchas veces, para concluir pronto esta horrorosa operación, se valían de un árbol cualquiera, como hizo el emperador Tiberio, no siendo todavía más que procónsul en Africa, con unos adoradores de Saturno, que sacrificaban niños en los altares de su sañigrienta divinidad.

Las cruces, con más propiedad llamadas tales, constaban de dos maderos y eran de tres clases diferentes. Una construida en figura de X, que es la que llamamos cruz de san Andrés y también de santa Eulalia, por haber sido crucificados en ella aquel Apóstol y esta virgen, y era llamada cruz *decussata*.

La otra, conocida con el nombre de *commissa*, tenía la figura de T; y la tercera con la misma forma, sólo que el palo perpendicular subía un poco más que el travesero ú horizontal, para fijar la sentencia del delincuente, se llamaba *immissa*.

Había cruces que tenían una pequeña ménsula ó sustentáculo debajo de los pies, y otras lo tenían también en medio, de modo que el crucificado podía apoyarse en ellos.

En cuanto al modo de ejecutar este castigo, hubo también alguna diferencia entre los pueblos.

Acostumbrábase por lo común azotar antes á los condenados á morir en cruz. A veces les quemaban los costados con hierros incandescentes ó teas encendidas.

El reo solía marchar al suplicio con su traje propio y llevando él mismo su respectivo patibulo, cuando este no era muy extraordinario. Al llegar al sitio destinado se le quitaba el vestido, que según costumbre inveterada correspondía á los ejecutores de la sentencia, hasta la reforma que en esta parte hizo el emperador Adriano, y enteramente desnudo se le clavaba en la cruz.

Unas veces se fijaba primero en tierra la cruz, y después clavaban en ella al criminal, subiéndolo con cuerdas ó escaleras: otras le clavaban antes tendido sobre la cruz, y luego lo levantaban en alto.

Los judíos solían quitar de la cruz el cuerpo del delincuente después de muerto, y le enterraban con ella para mayor ignominia; al paso que los gentiles, siempre que las ejecuciones se hacían en despoblado, los abandonaban, dejándolos en la cruz hasta que se consumiesen.

Si no había muerto el reo en la tarde, antes de ponerse el sol, tenían los judíos la bárbara costumbre de romper los huesos de los muslos á los infelices que sobrevivían, con cuya horrorosa operación acababan de matarlos.

Algunos suponen que, con objeto de que se les hicieran menos dolorosos los martirios de la crucifixión, les daban á beber un vino preparado con mirra y otras sustancias soporíferas, á propósito para embotar su sensibilidad. Otros, por el contrario, creen que esta bebida, llamada *vinum mirratum*, se les hacía tomar para fortalecerles y alargar más su triste y doloroso suplicio.

Lo que había de común entre los judíos y gentiles era que el suplicio de la cruz, el más vil de todos, se consideraba más infamante, cuanto más elevada era la cruz en que se hacía morir al delincuente.

También creen algunos que en el lugar del suplicio se ponía á veces una vasija con vinagre, que dilatado con agua se daba á beber en su agonía á los reos, igual á la *posca* ó bebida ordinaria, que usaban los legionarios romanos.

En un patíbulo tan ignominioso quiso morir Jesús, después de azotado y coronado de espinas, pasando á ser la cruz, desde un acontecimiento tan célebre, el símbolo misterioso de nuestra religión.

El árbol de la vida del Paraíso, la serpiente de metal que hizo elevar Moisés en el desierto, la letra hebrea *tau* con que el profeta Ezequiel vió que se marcaba á aquellos que debían de salvarse de la cólera del Señor, los versos atribuidos á las Sibilas, en los que habla de la cruz por la que ha de salvarse el género humano, y otras figuras semejantes de que hace mención la historia sagrada y profana, fueron otros tantos símbolos misteriosos de la cruz del Salvador.

No obstante de haber muerto Jesús en ella, continuó por mucho tiempo siendo todavía el patíbulo ordinario de los mayores delincuentes, hasta que santa Elena, madre del Emperador Constantino, habiendo ido á visitar los Santos Lugares de la Palestina, encontró después de infatigables trabajos la cruz de Jesucristo por los años 326.

Entonces fué cuando el Emperador, á instancias de su madre y en obsequio á la cruz del Señor y de aquella otra que se le apareció en el cielo, al ir á combatir contra Majencio, con la inscripción "*Con esta señal vencerás,*" mandó ponerla con el monograma de Cristo en el *Lábaro*, y luego en la demás estandartes de las legiones romanas.

Dió un decreto aboliendo enteramente en el imperio el suplicio de la cruz, prohibiendo que de allí en adelante se pudiese condenar á nadie á este género de muerte, cuya disposición se fué observando por todos los pueblos entre los cuales el Cristianismo se propagaba.

Entonces, como dice san Agustín, pasó la cruz desde los suplicios, no sólo á los palacios y cámaras de los reyes, sino también á los templos y á los altares.

Parece que el uso más común era clavar al reo con cuatro clavos, por ser mucho más fácil que con tres: induce también á creerlo así, el ver que las imágenes más antiguas de Jesucristo le representan siempre clavado con cuatro.

La costumbre de representarle con tres, dicen que proviene de la creencia en que se está de que Santa Elena solo encontró tres clavos, y que la cruz del Señor sólo tenía tres agujeros; pero otros suponen que introdujeron este uso artistas italianos, para evitar cierta monotonía que creían presentaba la figura del Crucificado con cuatro clavos.

Llevó el Señor la cruz á cuestras desde el pretorio de Pilatos, con la corona de espinas en la cabeza, por toda la tortuosa y larga calle de Amargura, hasta la Puerta Judiciaria ó un poco más allá. Entonces, temiendo sus verdugos que se les muriese por el camino, obligaron á un hombre que pasaba por allí, natural de Cirene, llamado Simón, el cual tenía dos hijos entre los discípulos del Señor, que cargara con la cruz; y éste la llevó hasta llegar al Calvario ó lugar del suplicio, que ya distaba poco.

Jesús fué crucificado á la hora de sexta, que, según el modo de contar de los romanos, era muy cerca del medio día, y vivió pendiente de la cruz, sufriendo los más agudos dolores, poco más de las tres horas, hasta la de nona ó las tres de la tarde en que espiró.

Acaeció la muerte del Señor en viernes, día 25 de Marzo, igual día en que fué concebido, y á los 32 años y 3 meses de su vida natural.

No rompieron los judíos á Jesús las piernas ni los muslos, como hemos dicho que lo practicaban y según lo ejecutaron con los ladrones, porque en aquella hora había ya espirado el Señor, cumpliéndose la Escritura: "*No te romperéis ningún hueso.*"

Diéronle la lanzada cuando ya había muerto.

Fuó crucificado el Señor entre dos ladrones para mayor ignominia, en cumplimiento de lo vaticinado: "*Ha sido contado entre los malos.*" Lo sería con cuatro clavos, sin que la cruz tuviera el sustentáculo de que hemos hablado; y no olvidaría ponerle la corona de espinas, para seguir escarneciendo al *Rey de los judíos*.

Llevarían también los ladrones sus respectivas cruces, é irían según costumbre con sus trajes hasta el lugar del

suplicio, en el que, como hemos dicho, solían quitarles los vestidos para clavarles desnudos en el patíbulo.

Parece que la cruz del Señor no fué muy alta, pués que la llevó un hombre solo, y fué de las llamadas *immissa* para fijar sobre ella la inscripción ó extracto de la sentencia de pilatos.

Dicha inscripción estaba escrita en hebreo, en griego y en latín, para conocimiento de las gentes que de diversos países se habían reunido en Jerusalén con motivo de la Pascua, y decía, según San Juan: "*JESUS NAZARENUS, REX JUDÆORUM*: Jesús Nazareno ó de Nazaret, Rey de los judíos:" cuya inscripción es probable que el Señor la llevase pendiente del cuello hasta el Calvario, siguiendo la práctica de los romanos, la que fué colocada luego en lo alto de la cruz.

Los artistas seelen suprimir en la inscripción las palabras hebreas y griegas, y aún de las latinas sólo acostumbra poner INRI; iniciales de las cuatro palabras de que consta.

San Pablo dice que el cristiano debe gloriarse en la cruz de Jesucristo, y que mirando con indiferencia las cosas mundanas, sólo ha de esperar la salud y toda suerte de bienes de ella: "*Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi, &c.*"

Y por esto sin duda ha dispuesto la iglesia, que el signo de la cruz acompañe todos ó los más de los actos del cristiano, costumbre que remonta á los tiempos apostólicos. Tertuliano, san Cipriano y otros muchos santos Padres hablan de este signo como el símbolo habitual de los cristianos, que practicaban al principio y al fin de sus principales acciones, con cuyo acto espesaban el compendio sensible de su fé en los misterios de un Dios en tres personas.

Hacían el signo de la cruz en la frente, para enseñar á confesar el Evangelio; en la boca, para animarse á profesarlo; y en el corazón, para testificar su adhesión inviolable á los preceptos de Jesucristo. Estos diversos signos se contenían en el signo más estenso, que se formaba y forma con la mano derecha estendida, de la frente al pecho, y del hombro izquierdo al derecho, pronunciando las palabras que se leen en el cap. XXVIII, v. 19, del Evangelio de san Mateo: "En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo," proferidas por el mismo Jesucristo cuando instituyó el Bautismo, y que constituyen una profesión abreviada del Cristianismo.

Este signo se hizo por algún tiempo extendiendo sólo los tres dedos de la mano derecha en obsequio á la Santísima Trinidad, uso que se halla particularmente recomendado por Leon IV por los años 847; pero ha prevalecido la costumbre de practicar la cruz con todos los dedos de la mano estendidos.

En el sacrificio de la Misa, en la administración de Sacramentos, en las bendiciones, en una palabra, en todo lo perteneciente al culto exterior de la Iglesia, sin cesar se repite la señal de la Cruz para enseñarnos que ninguna práctica, ninguna ceremonia puede producir efecto, sino en virtud de los méritos y de la muerte de Jesucristo, y porque la Iglesia sólo pide gracias por los méritos de la Cruz del Salvador.

Parece que en el sínodo de Constantinopla, reunido en el año 680, se dispuso por primera vez que se representara á Jesucristo bajo la forma de un hombre clavado en la Cruz. Hasta entonces se solía representar al Señor bajo la figura del Buen Pastor, ó de un manso Cordero.

No puede decirse Misa en ningún altar que no haya entre las gradas, á la vista del celebrante, una cruz, que será bueno tenga sobrepuesta ó pintada la imagen de Jesucristo.

Algunas Ordenes religiosas ponen en su agonía á los monges sobre un puñado de paja y una cruz trazada en el suelo con ceniza bendita, sobre la cual permanecen hasta que han espirado.

Los patriarcas de Oriente obtuvieron en el Concilio IV de Letrán, siendo papa Inocencio III, el permiso de

hacer llevar por uno de sus familiares una cruz alta delante de ellos en ciertas ceremonias. Gregorio IX les prohibió usar de esta prerogativa delante de los Cardenales, y después fué concedido este permiso á los arzobispos y á ciertos obispos.

La cruz del Papa tiene tres brazos ó travesaños, dos la de los arzobispos, y uno la de los obispos.

Distínguese por otra parte varias especies de cruces, á saber: la latina †, que ha pasado á ser el símbolo de la iglesia romana; la griega †, que es propia de la iglesia cristiana disidente de la romana, y otras especiales que dan nombre y son el distintivo especial de varias Ordenes religiosas; militares ó caballerescas, como la de Malta, la de Santiago &c.

Aquellas grandes expediciones militares que se reunieron en la Edad media, para ir á conquistar el sepulcro de Jesucristo y demás santos Lugares de la Palestina, recibieron el nombre de Cruzadas y de cruzados los que las componían, porque al inscribirse en ellas tomaban ó recibían una cruz, principal distintivo de aquellos ejércitos puramente religiosos.

La costumbre de plantar cruces en la cúspide de los montes, en los caminos y encrucijadas tenía por origen, á más de la veneración natural al signo de nuestra Redención, el derecho de asilo ó refugio que en otro tiempo era anexo, no solamente á las iglesias y á los altares, sino también á las cruces espuestas á la adoración pública, según lo dispuesto por el cánón 29 del concilio Clermont del año 1095.

A fin de no profanar el signo sagrado de la cruz, se prohibió por una ley de Teodosio el Joven, que se trazara en ningún pavimento que pueda ser hollado con los pies, lo mismo que está prevenido también por nuestras leyes patrias.

Antiguamente los escribanos, y también los médicos, lo mismo que la mayor parte de las gentes de letras, principiaban sus respectivos escritos con las dos letras griegas *alpha* y *omega*, primera y última de aquel alfabeto, y símbolo de Dios, al que se le llama en el Apocalipsi el *alpha* y la *omega*, es decir, el principio y fin de todas las cosas. Ambas letras se separaban en aquellos escritos por una cruz, de cuya piadosa costumbre quedó después únicamente el uso de la cruz con que algunos principian sus escritos, y la misma costumbre dió lugar á las iniciales de los nombres de Jesús y María, que ponen al principio de sus escritos los individuos de algunas corporaciones religiosas.

En honor de la santa Cruz, celebra la Iglesia dos fiestas, y tal vez pudiéramos decir tres. Una el 3 de Mayo, con el título de *Invenición de la santa Cruz*; otra el 14 de Septiembre, denominada *Exaltación de la santa Cruz*; y la otra en el Viernes Santo, que podríamos llamar *Adoración de la santa Cruz*.

No hacemos mención de la fiesta, que exclusivamente celebra la Iglesia de España el 16 de Julio, titulada: *El Triunfo de la santa Cruz*; en acción de gracias por la célebre batalla de las Navas de Tolosa, en cuya acción, según refieren las crónicas, Alfonso VIII venció y derrotó completamente un ejército musulmán, compuesto de más de doscientos mil combatientes, con una pérdida insignificante por parte de los cristianos, el mismo día 16 de Julio del año 1212.

V. J. B.

Ante la Imagen de María Santísima.

EN SU DOLORES.

Postrado de hinojos aquí, Madre mía,
Aquí ante tu trono, conrito me vés;
Aquí cual tu siervo, ó Virgen María,
Me inclinó lloroso y humilde á tus pies.

La Cruz . . . á su lado te miro, Señora;
Tu faz lacrimosa revela el dolor;

¡Y soy yo la causa . . . confiésole ahora,
Cubierto mi rostro de llanto y horror,

Que fué mi pecado, que fué mi estravío
La férrea cuchilla que aguda te hirió;
Por mi indiferente . . . y, acaso, aun impío,
El caliz amargo tu lábioapuró,

Más sé, que en la cima del monte Calvario
La Madre del hombre viniste tú á ser;
Y sé que en tus brazos, cual puro santuario,
La humana criatura se salva, al querer.

Cual mística palma que el viento no inclina,
Ni abate la fuerza de recio huracán,
Del Gólgota lidias allá en la colina,
En lucha sangrienta venciendo á Satán.

Tu pecho tan casto, purísima tu alma,
¿No tienen consuelo ni alivio jamás?
Ah! no, Madre mía; me encuentro ya en calma
Muy lejos del mundo, me encuentro ya en paz.

Perdóname, oh Virgen! te ruego lloroso,
Que ingrato he seguido la senda del mal;
Más sé que tu manto, cual árbol frondoso,
Dá sombra y abrigo á todo mortal.

La fé religiosa que anima al creyente,
Que tanto mi padre me supo inspirar,
Será en mi camino mi faro fulgente,
Que nunca en la duda me deje fluctuar.

Y si es que delinco, cual débil criatura,
Que pronto conrito me vuelva hacia tí;
Y en tí, medianera yo encuentre segura,
Que al Rey de los cielos te ruegue por mí.

MANUEL JOSÉ VELASCO.

De Popayan.

Reliquias preciosas.

Entre las preciosas reliquias que se enseñan el Viernes Santo en la Iglesia de Nuestra Señora de París, llaman notablemente la atención las tres sotanas de color morado, ó más bien sanguinolento, suspendidas una cerca de otra, que llevaron los tres Arzobispos de París antecesores del actual, Mons. Guibert.

La primera perteneció á Mons. Affre, asesinado en 24 de Junio de 1848 sobre la gran barricada del arrabal de San Antonio. Tiene varios agujeros, y en la parte del pecho se distinguen las manchas de sangre.

La segunda perteneció á Mons. Sibour, asesinado en una Iglesia el día 3 de Enero de 1857. Se distingue perfectamente el agujero que abrió el puñal y los vestigios de la sangre coagulada.

La tercera perteneció á Mons. Darboy, fusilado por los comunistas. Está sumamente destrozada por los proyectiles y las boyonetas.

Ultimos días de Napoleón el Grande

EN SANTA ELENA.

Napoleón, en los últimos momentos de su vida, no se ocupó más que de los deberes de piedad; de suerte que no permitía que el Presbítero M. Vignali se ausentase un solo instante de él.

—“Nací, decía, en la religión católica; quiero cumplir los deberes que me impone, y recibir todos los consuelos y auxilios que puedo aguardar de ella.”

Habiendo notado en su médico algunas señales de reprobación, le dijo con energía:

—“¿Puede U. no creer en Dios? Todo proclama su existencia; y los más grandes genios han creído en Él.”

En otra ocasión, riéndose dicho Doctor á carcajada suelta y del modo más indecente, de los preparativos que el Emperador había mandado hacer para una ceremonia religiosa, reprendióle Napoleón tan rudamente y en términos tan enérgicos, que Marchand que los oyó no se atrevió á repetirlos.

El 29 de Abril, llamando al Presbítero M. Vignali, decía:

Si; quiero al Sacerdote conmigo, dejadme solo con él, y no digáis nada.

Introducido así el Sacerdote junto al lecho de Napoleón, y permaneciendo solo con él, ejerció las funciones de su ministerio.

Después de haberse confesado humildemente, el Emperador, poco antes tan orgulloso, recibió el Santo Viático y la Extrema-unción, y pasó toda la noche en oraciones y en actos de piedad tan tiernos, como sinceros.

El día siguiente por la madrugada, yendo á verle el General Montholón, le dijo Napoleón con tono afectuoso y lleno de contento:

—“General, soy dichoso; he llenado mis deberes; te deseo la misma dicha en la hora de la muerte. Yo tenía necesidad de esto, pues soy italiano, hijo de Córcega. El sonido de las campanas, me commueve; la vista de un Sacerdote me dá gran placer. Quería hacer un misterio de todo esto; más no conviene ya; debo, y quiero dar gloria á Dios.”

MICHAUD. *Vida de Napoleón.*

A última hora.

“La Discusión” tiene un Colaborador, que generalmente publica sus artículos sin título y sin firma, y cuya pasión contra el Catolicismo de tal manera la ciega, que no ve ni aún sus acciones propias más recientes.

En el último número á vuelta á publicar el mismo, mismísimo artículo, que había publicado ya en Julio del año próximo pasado.

El Católico contestó, en su número 62 correspondiente al 6 de Agosto ese artículo, por medio de un remitido, que con el título “*Despuntar de agudo*,” fué firmado por *Un pobre*.

Los que sostienen la doctrina católica no tienen necesidad de apelar á las mismas razones, ni de repetir eternamente las mismas cosas, como se ven forzados á hacerlo, los que la impugnan.

Esta es la razón porque, después de haber demostrado una verdad ó refutado un error, no vuelven á demostrar lo mismo ni á refutar lo mismo, aunque los adversarios los provoquen con sus repeticiones.

Esperamos, aunque esperemos en vano, algo nuevo algo original.

AVISO.

La agencia de **El Católico** no ha podido complacer el deseo de las muchas personas, que le han pedido el Catálogo de los libros de religión, moral y educación, por haberse retrazado su envío.

Pero, para suplir esta falta y llenar en parte esos deseos, se publica la siguiente lista de las obras que actualmente se encuentran en su oficina.

(Continuacion.)

Catecismo explicado, por Rauro.

Retrato de la Compañía de Jesus.
Ramillete de Divinas Flores.
De la Imitación de la Virgen.
Dulce y santa muerte.
Diamante del Católico, horas divinas.
Existencia de Dios.
Evangelio en triunfo.
Emanuel, ó el remedio para nuestros males.
Epítome historial de la Iglesia.
Historia general de las misiones católicas.
Historia de las misiones al Japon y Paraguay.
Historia de Nuestro Señor Jesu-cristo, por Roca y Cornet.
Historia de Nuestro Señor Jesu-Cristo, con finas láminas en acero.
Hipatia, últimos esfuerzos del Paganismo en Alejandria.
La Saleta.

Obras de Ferman Caballero.

Elía, un tomo.
Lágrimas, un tomo.
La Farisea, un tomo.
Estrella de Vandalia.
Un servilón y un liberalito.
La familia Albareda.
Correspondencia de un Rector de seminario.
Catecismo á cerca del Protestantismo.
Cristiano Instruido en su ley.
Ciencia para todos.
Cuarenta siglos, por Anselmo Fuentes.
Cosmogonía ó esposición del origen.
Camino de la Verdad.
Divino maestro.
Dad al César lo que es del César.
Diario del buen cristiano.
Delicias de la Religión.
Divinidad de la confesión.
Devocionario, lucero divino, letra gruesa.
Devocionario, Semana Santa y Pascua.
El Dios de Moisés es el Dios verdadero.
Discurso sobre la Confirmación de los Obispos.
Devocionario, angel de la Infancia.
Devocionario, pequeño Eucologio.
Devocionario, luz divina.
Devocionario para los niños, por Carbonero y Sol.
Educación de las hijas de familia, Dupanloup.
Ejercicios Espirituales, por Villacastin.
Evangelio en práctica.
Esperanza á los que lloran.
Educación de las niñas, por Fenelón.
Flores del cielo.
Felicidad del pensamiento.
Fondo del orador, fondo de la elocuencia.
Filosofía de la confesión, por Salas.
Leon XIII y la Italia.
La Tierra de promisión ó el monte Carmelo.
El milagro del 16 de setiembre.
La familia africana.

Obras de Ortó y Lara.

La Inquisición.
El Ascetismo liberal.
El credo de los políticos.
Derecho de la Razón y de la Fé.
Fundamentos de Religión.
Credo, ó Refugio del cristiano, por Gaume.
Catecismo con ejemplos.
Deberes y Espiritu de los Eclesiásticos.
Figuras de la Biblia.
Familia Cristiana.
Familia Cristiana Figrante, por Carulla.
Familia Cristiana, duelo á muerte.
Familia Cristiana, El Angel del Claustro.
Familia Cristiana, El teatro de los ciegos.

(Continuand)

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO.